

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 370

Alicante 5 de Enero de 1878.

Año IX

Á NUESTROS SUSCRITORES.

Desde la aparición de nuestra REVISTA viene ocupándose asidua y constantemente en la defensa de los importantísimos intereses de nuestra Sagrada Religion y de la sociedad. No hay verdad de este orden que no haya defendido; no hay error que no haya impugnado con fuerza, vigor y abundancia de argumentos. Nuestros lectores pueden convencerse de ello recorriendo las columnas de este SEMANARIO desde su primer número hasta hoy: y no solamente se convencerán de esto, sino que comprenderán al propio tiempo el valor de los trabajos que se han puesto para llenar estos objetos.

Al comenzar el año que acaba de finir nos ocupamos de este mismo punto, é indicamos el plan y marcha que se proponia el SEMANARIO en adelante, no perdiendo de vista el mismo fin. Cómo este plan se ha ido realizando, y cómo esta marcha se ha seguido, se desprende de cuanto se ha publicado, que está de manifiesto para cuantos quieran verlo.

No ha podido ni puede, por otra parte, ocultarse á nadie la importan-

cia y trascendencia de una publicacion del género de la nuestra; así es que las de su misma índole se multiplican por do quiera. En unos tiempos tan calamitosos y de tanta contradiccion para la verdad católica, ha sido y es necesario esgrimir las armas de la razon y de la filosofía en su apoyo y defensa. Por esto las publicaciones de este género se hacen de todo punto necesarias, y por esto nosotros hemos llamado al corazon de los buenos creyentes, y hemos invitado repetidamente á los verdaderos católicos para que vengan en apoyo de esta santa causa, y ayuden al sostenimiento de esta REVISTA que la viene públicamente defendiendo.

A pesar de que los intereses vivos del Catolicismo reclaman el apoyo de sus hijos, y justifican la apremiante necesidad de los escritos que pública y continuamente la defiendan; á pesar de los esfuerzos constantes hechos á este fin por los que nos hemos impuesto esta carga gratuitamente, solo honorífica y de sola retribucion moral; á pesar de nuestros constantes llamamientos en demanda de un pequeño apoyo por parte de nuestros hermanos en creencias religiosas, no solo este apoyo no ha



venido, sino que el de algunos nos ha faltado cuando más necesidad habia de él. La voz potente y autorizada de nuestro dignísimo Prelado Diocesano, que tanto interés ha tomado en pro de nuestra REVISTA recomendándola directa y eficazmente, y contribuyendo por otros medios á su sosten y vida, no ha sido bastante á contener aquel lamentable desvío. Quizá sea esta una nueva prueba á la que la Providencia divina quiere someter á los que consagran su vida á la defensa de la santa causa de la Religion; quizá los enemigos y detractores de ella vean en esto un síntoma de su victoria. Sea así; vivan en esta efímera y loca ilusión, mientras nosotros seguimos esperando firmemente, cualesquiera que sean los eclipses por que ahora pasemos, que la Divina Providencia sacará triunfante la causa del Catholicismo, que es la causa de los fueros de la Iglesia y de su divino Fundador.

En consecuencia y virtud de los motivos apuntados, no pudiendo con el número de suscritores que hoy cuenta nuestro SEMANARIO cubrirse los gastos materiales de su publicación, y en nuestro deseo de no dejar el campo en que trabajamos ínterin quede el más pequeño recurso para ello, hemos escogitado el medio de un pequeño aumento en el precio de suscripción, mientras subsistan las causas que á ello obligan; de otro modo, nuestro SEMANARIO hubiera tenido que desaparecer desde luego con gran sentimiento de los que á

darle vida nos hemos dedicado. Harto justificados los motivos de esta para nosotros sensible innovación, el precio de suscripción al SEMANARIO será, desde principios de este año, el que se marca en la parte correspondiente del mismo. Esperamos en Dios que nuestros esfuerzos no serán infructuosos.

LA RELIGION Y LA SOCIEDAD.

Aquellos que no ven en la religion otra cosa que una quimera, una superstición y una fuente inagotable de calamidades, y los que la miran solo como auxiliar, de pura conveniencia, útil acaso, pero siempre peligrosa, teniéndola por consiguiente en una vigilancia perpétua, ó marchan ambos de muy mala fé, ó ambos han caido en dos lamentables errores. Los primeros quisieran romper todo pacto con el cielo para mejor asegurar, como ellos dicen, el reposo de la tierra. Los segundos, sin romper los vinculos que unen al hombre con la Divinidad, emplean, sin embargo, sus esfuerzos en debilitarlos. Aquellos quisieran desterrar á Dios hasta del pensamiento; y éstos desterrarle de las leyes y de las instituciones. El error de los unos puede llamarse un ateísmo de conducta y de principios que quita la vida á la sociedad; y el de los otros un ateísmo político que acarrea su disolución. Los unos son ciegos que blasfeman de la luz; los otros son imprudentes que nada temen tanto como recibir su benéfica influencia.

Pero por dicha hay en el hombre un instinto divino que desecha tan perniciosas doctrinas, y por lo tanto, esforzados defensores de las verdades sagradas, entre las cuales campea la absoluta necesidad de la union y apoyo reciproco de la religion y la sociedad, cuya demostracion fácilmente puede hacerse con solo exponer lo que la religion hace á favor de la sociedad, y lo que ésta hizo y debe hacer siempre á favor de aquella.

Sin autoridad suprema que vele por la seguridad común, sin leyes que arreglen lo relativo á los bienes y á las personas, y sin deberes impuestos á los diversos miembros constitutivos de un Estado, no puede comprenderse la existencia de la sociedad.

Estas tres bases esenciales para la vida de la sociedad, solo á la religion le está concedido el privilegio de hacerlas subsistentes en bien de los asociados, toda vez que la religion afirma la autoridad dándola un sagrado origen, consolida las leyes presentándolas como reglas de conciencia, y robustece los deberes por medio de las promesas divinas, y los juramentos solemnes que hacemos al ingresar como parte del cuerpo social.

Es incuestionable que Dios, autor del mundo material, lo es tambien del mundo moral, que así ha dictado leyes á la naturaleza inteligente, como á la corpórea; y por último, que así dirige los destinos de los pueblos, como el curso de todas las cosas: De él emana toda vida, toda inteligencia y todo poder, por lo cual se dice con exactitud que procediendo de Dios la autoridad, es evidente que su más firme base es la religion.

Dáse el nombre de leyes políticas á las

que constituyen el Estado, determinan la formacion de gobierno, distribuyen y fijan los poderes. Otras hay que arreglan lo concerniente á las familias y á los individuos, á los bienes y á las personas, y éstas se llaman civiles. La importancia de unas y otras consiste en que sean, no solo reglas de conveniencia, sino reverenciadas como de conciencia, obligatorias ante Dios y ante los hombres, porque, desprovistas de este carácter sagrado, se pierden voluntariamente sus beneficios, segun lo han reconocido todos los pueblos. Luego es indudable que la religion fortalece las leyes, presentándolas como reglas de conciencia.

Por medio del pacto, del convenio y del juramento, los hombres en todas las clases de la sociedad se ligan á sus respectivas obligaciones. Y ¿de dónde recibe su fuerza este juramento? ¿Qué es lo que llamamos jurar? No es otra cosa que poner al mismo Dios por testigo y fiador de nuestra sinceridad en lo que decimos ó prometemos. Siendo esto así, no puede haber otra garantía más imponente y temible para robustecer los deberes que ese juramento, á que nos referimos.

Manifestado ya lo que la religion hace por la sociedad, tratemos ahora de lo que la sociedad ha hecho y debe hacer por la religion.

Consultando la historia, vemos que los pueblos más alabados de la antigüedad miraban la religion como la base de sus instituciones y de sus leyes. En la moderna Europa, todos los soberanos tuvieron la costumbre de sancionar sus más solemnes tratados con el nombre de Dios Santo y verdadero, y han creído no deber omitir nada para el sosten y la

gloria de la religion; y ¡ay del día en que un pueblo no la rinda el homenaje debido! ese mismo será el de su infalible ruina, porque con no poca razon decia Maquiavelo en sus *Reflexiones sobre Tito Livio* (lib. 1.^o, cap. 2.^o): «Si la adhesion al culto divino es la prenda segura de la grandeza de un Estado, el desprecio de la religion es la causa más positiva de su decadencia.»

El respeto y profunda veneracion á los templos, á los altares, á los vasos y á las vestiduras sagradas, es otra de las cosas que deben inculcar los gobiernos por leyes severas, y castigar rigorosamente estos delitos de sacrilegio, de profanacion y de crimen de lesa magestad divina.

En cuanto al sacerdocio, si entre los egipcios, los indios, los griegos y los romanos, á pesar de pertenecer á religiones paganas, era considerado como la clase más digna de la sociedad por su mision especial, ¿con cuánta más razon no debe ser reverenciado el de la verdadera religion establecida por Jesucristo, en el que sus individuos son los mediadores entre Dios y los hombres, y por su conducto elevan los fieles sus súplicas hasta el trono del Omnipotente? Si á este sacerdocio no se procura hacerle venerable á los ojos de los pueblos para dar más imperio á sus doctrinas; si se le llena de amargura y sinsabores; si se le expone á la indigencia, al ódio y al desprecio; si se le ridiculiza en tertulias, en teatros, en caricaturas; si solo se le mira como una carga pesada, entonces todo se perdió; porque una sociedad sin religion, una religion sin sacerdocio, ó un sacerdocio sin representacion y sin autoridad,

son tres inconsecuencias á cual más absurdas, y tan ofensivas á la Divinidad, como destructoras de todo orden público.

El Gobierno que de buena fé haga alianza con la religion, fuerte por sí misma, no tema; pues él será tambien fuerte, estable, duradero. El nunca sobradamente llorado Balmes lo dejó así consignado en esta forma:— «La organizacion social ha dimanado de la religion, y por tanto es preciso que vivan en buena armonia las dos potestades, civil y eclesiástica, á quienes incumbe la conservacion y defensa de los grandes intereses de la religion y de la sociedad. No se enflaquece la eclesiástica sin que se resienta la civil; quien siembre cisma, cogerá rebelion.»

Enrique del Castillo y Alba.

UN BUEN DESEO.

Algunos periódicos políticos piden en estos días que se favorezcan y propaguen las misiones españolas en Africa, y aunque no manifiestan como principal objeto de su peticion el triunfo de la doctrina de Jesucristo, en cuanto á su fin espiritual se refiere, nosotros debemos hacer constar estos deseos, que prueban por boca de nuestros adversarios los importantísimos servicios hechos por las misiones católicas. Ellos mismos se encargan tambien de lamentar el poco fruto obtenido por los pastores protestantes, no obstante los atractivos puramente humanos de que saben revestir á su predicacion.

Empresa más cristiana y patriótica que el fomento de las misiones no puede darse. Y cuenta que el país á que *El Parlamento* y *La Epoca* se refieren, que es Marruecos, ofrece hoy menos inconvenientes que en otros tiempos. Da la oportuna casualidad que tenemos á la vista una notable historia de las misiones franciscanas de Marruecos, impresa en 1708, y en ella vemos paso por paso los inmensos sacrificios y penalidades y horribles martirios que los frailes franciscanos sufrieron para sembrar en aquella ingrata tierra la buena semilla, cuyos frutos se malograron en poco tiempo por el natural de los mogrebinos, tan poco propicio para dichas obras.

Pero las costumbres se han dulcificado algo, y al amparo de la influencia oficial europa, y trabajando con el celo y constancia propios de las órdenes monásticas, todavía puede conseguirse mucho para la fé y para la civilizacion. Nadie mejor que los misioneros pueden estudiar un país como Marruecos. Sus estudios contribuirán poderosamente, como sucede en todos los ámbitos del mundo bárbaro, á ilustrar muchos puntos de la ciencia, favorecerían las relaciones comerciales de dichas comarcas con nuestros puertos andaluces, harían respetar con sus virtudes el nombre de España y quizá consiguieran, en beneficio de nuestra patria, lo que no lograron las 40.000 bayonetas que dirigió el general O'Donnell.

Nuestras misiones africanas, y singularmente la de Tetuan, merecen eficacísimo apoyo del Gobierno.

Por desdicha no podemos pensar, así de buenas á primeras, en cumplir el tes-

tamento de Isabel la Católica, y en resucitar de golpe la gran política del gran Cisneros; pero podemos y debemos, puesto que es posible cumplir con el deber que la civilizacion y la fé católica nos imponen, echar las bases de una conducta prudente, discreta y racional, cuyos altos fines han de ser llevar la bandera de Cristo y de la patria española hasta los arenales del Sahara.

Mucho tememos que el gobierno, entretenido hoy con las maniobras bizantinas de los partidos, atento á conjurar los planes de centralistas, radicales y sagastinos, y receloso de cuanto ocurre en Francia, desoiga nuestros votos, aun cuando vayan precedidos de los de *El Parlamento* y *La Epoca*; y entienda que en pleno siglo XIX, en que el czar pretende llevar el cristianismo y la civilizacion al resto de Turquía con ayuda de 200.000 hombres, poco ó nada pueden hacer unos cuantos franciscanos y jesuitas.

Y, sin embargo, al frente de este gobierno se halla una persona de tanta ilustracion en asuntos de historia, como el Sr. Cánovas, quien de memoria sabre los maravillosos triunfos conseguidos en las Islas Orientales y Occidentales por esos oscuros frailes, á quienes el progreso moderno rechaza y la libertad persigue,

En asunto de esta monta, harto mayor que la de otros que llenan las columnas de la prensa, todos debiéramos pensar del mismo modo, y el gobierno escoger los medios de dar impulso y fuerza á nuestras misiones africanas.

CRÓNICA RELIGIOSA.

El reverendo Obispo de Autun acaba de dirigir una carta al Clero y fieles de su diócesis, recordándoles la cuestacion anual para la Universidad católica de Lyon. Despues de hablar de las fundaciones, de las gracias espirituales y de las ventajas temporales de la institucion, dice:

«Es para mi, carisimos hermanos, un honor que consuela, informaros de que uno de nuestros queridísimos diocesanos ha fundado una cátedra en la nueva Universidad, suscribiéndose con 100,000 francos.

»Correspondiendo á los piadosos deseos del fundador, las rentas del capital se adjudicarán á la cátedra de historia de la facultad de letras, y esta cátedra se pondrá bajo la advocacion de Santo Domingo, el gran predicador de la divina palabra, contra los ataques de la heregia y las contradicciones de la falsa ciencia.

»Así serán satisfechas á un mismo tiempo la devocion del donador hácia el ilustre Patriarca de la apostólica familia de los dominicos, y la cristiana humildad que le lleva á velarse con el anónimo y renunciar al privilegio que tiene de dar su nombre á la cátedra fundada por su liberalidad. Demos todos gracias á Dios, carisimos hermanos, por esta generosa inspiracion.»

Nonseñor Mocenni, delegado de Su Santidad en la república del Perú, acaba de ser recibido oficialmente con los más grandes honores. El presidente le dirigió el siguiente discurso:

«Grande es mi satisfaccion, como jefe de un pueblo católico, al recibiros con el alto carácter diplomático de que Su Santidad os ha investido para dar testimonio de su especial afecto al Perú.

»Teneis razon al decir que no os presentais aqui como un extranjero, sino como uno de nosotros, y al manifestaros persuadido de que mi Gobierno os tratará como á un hijo de este país, porque el lazo del Evangelio, que es un lazo comun de amor, de fé y de caridad entre los hombres, nos hace á todos miembros de una sola familia. Por ello os considero en la comunidad peruana como el miembro más ilustre y más respetable, atendida vuestra apostólica mision.

»Estad seguro que para esta mision de paz y fraternidad encontrareis en mi Gobierno una solicitud absoluta y la más amplia cooperacion, en la esperanza de que el cumplimiento de la misma facilitará á la república el progreso por el camino de la verdadera civilizacion, donde ella busca de nuevo los beneficios para realizar en la tierra el fin que la Providencia ha impuesto á las naciones.»

El Obispo de Ajaccio, consagrado el 11 de Noviembre por el Cardenal Guibert, con asistencia de monseñor Dufu, Vicario apostólico de la Bengala oriental, y monseñor Conillié, Coadjutor de Orleans, ha hecho ya la entrada solemne en su diócesis.

El primer domingo de Adviento se consagró la diócesis de Bayeux al Sagrado Corazon de Jesús. En todas las parroquias de la diócesis, con este motivo, se

han celebrado funciones con la mayor sòlemnidad.

Roma 29 de Diciembre de 1877.

Ayer ha tenido lugar en el Palacio apostòlico del Vaticano la primera de las dos reuniones consistoriales anunciadas. El Soberano Pontifice ha dirigido al sacro colegio de Cardenales una breve y tierna alocucion, en la que ha expresado su agradecimiento por el interés que los Prelados y los principes de la Iglesia y todos los fieles han demostrado en los últimos tiempos, con motivo de su enfermedad. Al mismo tiempo ha pedido que se continúen las oraciones á fin de que Dios le conceda poder, á pesar de su avanzada edad y de la debilidad de su cuerpo, para sostener con fruto la lucha contra los enemigos de la Iglesia.

En seguida Su Santidad se dignó proveer y designar las siguientes Sedes:

Para la Iglesia arzobispal de Nazianc, *in partibus infidelium*, á monseñor Angelo de Pietro, que ocupaba la de Nissa, *in partibus infidelium*.

Para la iglesia arzobispal de Chieti, con la administracion de la iglesia catedral de Vasto, á monseñor Luis Ruffo, de la casa de Scilla de Nápoles, nacido en Palermo, Prelado doméstico de Su Santidad y canónigo de San Juan de Letran.

Para la iglesia catedral de Fano, al R. D. Camilo Sanlori, sacerdote romano, rector y profesor de teología dogmática del Seminario romano.

Para la iglesia catedral de Iricarico, al R. D. Camilo Siciliano, de la casa de Rende, afecto á la iglesia de Santa Maria de la Victoria en Nápoles para la

instruccion de peregrinos y conversion de protestantes á la fé catòlica.

Para la iglesia de Niza, al R. P. Matteo Balain, sacerdote diocesano de Viviers, de la congregacion de Maria Inmaculada y rector del Seminario de Trejus.

Para la Iglesia de Pella *in partibus infidelium*, al R. D. Gustavo Leontard de Baltice, sacerdote de Gand, director del gran Seminario de esta villa, examinador proxinoda y diputado coadjutor.

Despues de haber provisto las precitadas iglesias, el Soberano Pontifice se ha dignado crear y publicar cardenales.

De la órden de Presbiteros:

Mons. Vicente Moretti, arzobispo de Rávena, nacido en Orbieto el 14 de Noviembre de 1815.

De la órden de Diáconos:

Mons. Antonio Pellegrini, dean de los clérigos de la Cámara apostòlica, nacido en Roma el año 1812.

Y por último, se ha pedido al Santo Padre el sacro palio para las iglesias arzobispales de Chieti y de Baltimore. Esta última Silla apostòlica está ocupada por Mons. Jacobo Gibbous, que, á titulo de coadjutor, ha sacedido al difunto titular.

Dentro de dos dias el Soberano Pontifice tendrá una nueva reunion consistorial, en la que se impondrá el capelo rojo á los nuevos Cardenales como tambien al Arzobispo de Cambray, al de Rennes y a monseñor Manning de Westminster, que no lo habian aun recibido, y que han venido expresamente á Roma.

Su Emma. el Cardenal Manning ha traído preciosos documentos relativos al proyecto de restablecer la gerarquia catòlica en Escocia (Inglaterra).

Estos documentos han sido remitidos, por orden del Santo Padre, á la Congregacion de la Propaganda, á fin de que lo más pronto posible pueda terminar los trabajos concernientes al precitado proyecto. Se cree que todo podrá estar terminado antes de la Cuaresma, y entonces el Soberano Pontífice promulgará por medio de una Bula, como cuando se restableció la gerarquía católica de Holanda, la instalacion y la limitacion de las nuevas diócesis de Escocia.

UN CIRCULO CATOLICO EN SIRIA.

La obra de los Circulos católicos, que tan buenos resultados produce en muchos países católicos, está llamada á extenderse por todas partes. Sabido es con qué rapidez se han propagado estos Circulos en Bélgica y en los países próximos á Bélgica, singularmente en Alemania y Francia. Ahora acaban de pasar los mares, y están en visperas de ser introducidos en plena Turquía de Asia, en Siria.

Hace pocos meses, un Sacerdote de la Compañía de Jesús de la casa de Lierre, conmovido con la triste situacion de los cristianos de Siria, salió para este país, decidido á trabajar en la viña del Señor con el celo con que hace muchos años trabajaba en Bélgica por el triunfo de la Iglesia. Este valeroso jesuita, reverendo Padre Deslée, apenas llegado á su destino se puso á trabajar sin descanso. Entre las instituciones que procura fundar, figura en primera linea un Circulo católico, á imitacion de los de Bélgica, y en especial del que él mismo contribuyó tanto á fundar, *el Circulo de Pio IX.* El

piadoso misionero cuenta con los antiguos alumnos del colegio que los Padres Jesuitas tienen en Beiruth para encontrar los primeros miembros del Circulo. Estos alumnos son muy numerosos, están animados de excelente espíritu, y desean secundar con todas sus fuerzas la obra del Padre Deslée.

VARIEDADES.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

No hace muchos años, nosotros mismos podemos recordarlo, gemia en el lecho de la caridad un hombre enfermo próximo acaso á la muerte, y obstinado, á pesar de esto, en olvidar á Dios y áun en blasfemar de su justicia y negar su misericordia.

Nadie podia llegar á su lado sin escuchar las más terribles imprecaciones, ó exponerse á las consecuencias de su imponente cólera. Sus violentos dolores extraviaban su razon, y no tenia para sufrirlos la santa resignacion del cristiano.

Los médicos habian recetado una bebida calmante; pero el infeliz, exasperado por la ineficacia de los anteriores medicamentos, se negaba obstinadamente á tomarla, llegando al paroxismo del furor cuando venian á ofrecérsela.

Los que le rodeaban se habian alejado todos, cansados ya de la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero si todos le abandonaban, el ángel de la paciencia, la Hermana de la Caridad, aún estaba allí.

Con la mirada suplicante, y con el

ruego en los labios, se acercó al desgraciado, ofreciéndole con mano amorosa aquella pocion salvadora.

Una blasfemia espantosa y una cruel amenaza fué la respuesta que obtuvo.

Sin embargo, ella insistió.

Pero aquel hombre era un impio; estaba desesperado, y arrojó con furor la medicina que se le ofrecia, amenazando de nuevo á la indefensa enfermera.

Por segunda vez la hermana se aproximó á aquel lecho, y por segunda vez rogó y suplicó, ofreciendo al enfermo el vaso que contenia la medicina traída de nuevo.

Su voz era dulce, sus palabras persuasivas, su mirada llena de unción y de piedad.

—Tomad, dijo; tomadla en nombre de Dios.

Y acercó su mano para levantar aquella cabeza con un ademán suave y tierno como el de una madre amorosa.

Entonces aquel hombre se incorporó rígido y airado; sus miradas estaban inyectadas, sus dientes crugían apretados con fuerza, y en la explosión de su furor tomó de nuevo el vaso y le arrojó, no lejos de sí como la vez primera, sino á la casta frente de la religiosa.

El líquido cegó aquellos ojos é inundó aquel semblante angelical, produciendo el golpe una herida profunda; pero ni una queja, ni una reconvención brotó de sus labios, solo una lágrima triste y dolorosa se vió rodar por sus mejillas.

Enjugó lentamente su rostro, y permaneció en su puesto, limpiando despues con su pañuelo la frente y las manos del enfermo, salpicadas y mojadas también, con una solicitud y un cariño sin igual.

Al ver aquella sangre, al ver aquella

gota de llanto, el iracundo enfermo se sintió avergonzado de sí mismo; una cosa pasó ante su vista, y su corazón experimentó un sentimiento desconocido.

Pasado el primer momento, la hija de San Vicente hizo un ligero movimiento para alejarse, y el desgraciado le preguntó rápidamente con voz sombría y confusa:

—¿Os vais?

—Sí; creo que ha pasado vuestro enojo, y ahora quizá.....

—¿Qué? dijo admirado aquel hombre, viendo la dulcísima sonrisa que habia acompañado á estas palabras.

—No os resistireis á tomar esa bebida, que encierra vuestra salud.

—Y..... ¿la traereis otra vez? preguntó con emoción y asombro.

—Y otras mil, si fuese preciso.

—Pero..... ¿esa sangre?....

—Yo daría toda la mía por aliviar vuestro mal, dijo ella con una voz tan sentida y dulce, que hizo estremecer la última fibra de aquel agitado corazón.

Entonces, como las puras aguas de un impetuoso torrente, ocultas y contenidas por una capa de grosera tierra, saltan y se desbordan cuando una mano hábil rompe de un solo golpe su fuerte dique, así el manantial del llanto, estancado en aquella alma por tantos y tantos años, brotó en ancho caudal, devolviéndole la olvidada fé y la perdida esperanza.

—¡Creo en Dios! gritó al fin aquel hombre en el exceso de su emoción con voz desentonada y angustiosa; ¡creo en Dios, y en los Santos, y en los ángeles, porque vos sois uno de ellos! Sí, hay un cielo; de allí venis vos, porque en la tierra no sabemos hacer estas cosas; hay

una eternidad, porque es preciso que la haya para premiar tanta virtud. ¡Oh! No me dejeis, no me dejeis, por Dios, y enseñadme á esperar, ya que me habeis enseñado á creer.

Estas palabras estaban dictadas por un sentimiento real y sincero, porque una hora despues, y cediendo á los deseos del arrepentido pecador, Jesucristo Sacramentado descendia á su pecho, purificado ya por el arrepentimiento y la contricion.

Lo que no habrian podido hacer los más sábios consejos, las más severas exhortaciones, lo consiguió una sola lágrima y una gota de sangre humilde y sola.

Dios quiso coronar la obra llevada á cabo por la caridad, y devolvió la salud al enfermo, que ya le invocaba esperando en su bondad. Hoy vive aún; hoy, en vez de dudar, espera; ora en vez de blasfemar, y su miseria es ménos penosa y más llevaderos sus dolores, porque la oracion y la esperanza son el consuelo mayor.

(La Cruz.)

UNA CONVERSACION DE CAVOUR.

En uno de los últimos números del *Figaro*, uno de sus más ilustrados redactores que firma con el pseudónimo de *Ignotno*, analizando las consecuencias que podia traer la muerte de Pio IX, refiere este incidente.

En 1859, Cavour, momentáneamente retirado de los negocios despues de la

paz de Villafranca, fué á pasar unos ocho días á Aix les Bains.

Almorzando allí un dia con el articulista del *Figaro*, que llevaba una mision literaria del gobierno francés á Italia, y con el conde Monticelli, ministro más tarde con Rattazzi, y que aún vive, se habló del P. Luis, jóven religioso capuchino, de gran austeridad y talento, que habia predicado recientemente con gran éxito en Lyon, y que se hallaba enfermo en el mismo hotel en que vivia el conde de Cavour. Cavour manifestó deseos de visitarlo, y acompañado de sus dos comensales subió al cuarto del jóven religioso, se hizo anunciar y entró diciendo:

«Tengo, Padre, especial aficion á los hombres que hacen obedecer su vida á un principio; hace tiempo que apenas veo ninguno, y cojo al vuelo la ocasion que hoy se me presenta de hablar con vos.»

Al decir esto, como el humilde religioso tratara de levantarse del sillón en que estaba recostado, Cavour le retuvo afectuosamente estrechándole ambas manos, iniciándose en seguida entre el religioso enfermo y el sagaz ministro una conversacion que duró cerca de dos horas, y de la que los dos testigos presentes que hoy viven retuvieron con atencion y trascibieron despues fielmente al papel las siguientes palabras del conde de Cavour:

«Espero, Padre, dijo, que me creereis si os digo, por un lado, que no aspiro á pasar por necio, y por otro, que soy mas católico de lo que se me supone. No digo que si hubiera nacido en el Norte de Europa no hubiese quizás llegado á ser un adversario del Pontificado. Pero

habiendo nacido en Italia, viviendo entre nuestra raza latina, donde la religion católica forma parte del génio y del temperamento nacional, seria el más imbécil de los hombres de Estado, y aún es poco decir, si no me asaltase el continuo temor de colocar para siempre al Pontificado en frente de una causa, que es ya para siempre la mia, y si no abrigase la esperanza muy meditada de la reconciliacion con el Pontificado despues de la victoria. El rey y yo sabemos de sobra que la lucha de la casa de Saboya con el Pontificado llegaria á ser una lucha desigual si llegase á prolongarse. La casa de Saboya quedaria indefectiblemente destrozada.

Vivimos en el Mediodia de Europa, entre las razas latinas tenemos tradiciones estrechamente unidas con el Pontificado, debemos seguir siendo siempre católicos. Y, pardiez, os lo repito, lo debemos tanto más, cuanto que no podriamos hacer otra cosa. ¡Lucha desigual la nuestra; si, Padre, desigual de todo punto, si se prolonga despues de la victoria, cuando se enfrie el ardor hoy exaltado de las pasiones patrióticas! El Pontificado, unido al espíritu de municipalismo, destrozaria lenta, pero fatalmente, la unidad de Italia y la casa de Saboya.»

En esto la dueña del hotel entró discretamente á recordar al religioso enfermo que los médicos le habian recomendado el silencio, y Cavour se despidió, excusándose con el jóven religioso de la molestia que le habia causado, y haciendo grandes elogios de su alta inteligencia y santidad.

EL NACIMIENTO DE JESUS.

Cada invierno entre la nieve festeja el mundo contento del Dios que los orbes mueve, que al hombre infundiò su aliento, la providencia eternal.

De Belen el rudo establo, de Maria la alta gloria, canta en pastoril vocablo de los pueblos la memoria con gratitud inmortal.

Bajó un Dios de las alturas á la feliz Palestina; con humanas envolturas cubrió su faz, que ilumina inextinguible fulgor.

Mas los ángeles, cantores de lo excelso, le anunciaron; con fé viva los pastores en la cuna le adoraron, dándole gloria y honor.

Y aquel niño, de los cielos tan milagroso portento, que nacer quiso entre hielos, y apagado el firmamento en triste noche sin luz,

Fué Jesús, venido al mundo por redimirle del juicio de perdicion; que en profundo amor tomó el sacrificio de morir en una cruz.

Fué el Cristo, modelo eterno de santidad á la tierra, que nace en el crudo invierno y en su vida de hombre encierra la norma de perfeccion.

De la excelsa moral pura
dechado resplandeciente,
con su divinal figura
no hay virtud que no se aliente
al signo de redencion.

Y el mundo con regocijo
cada invierno en este dia
canta la gloria del Hijo
y de la Virgen Maria,
madre del supremo Bien.

Salud, oh pueblos cristianos,
de la Buena Nueva hechuras;
salud, naciones de hermanos,
bajo el sol de las alturas
renacidas en Belen.

C. M. P.

FÁBULA.

La oracion del papagayo.

Un vistoso papagayo,
En lo alto de una encina
Estaba haciendo un ensayo
De su elocuencia divina;
Cuando algun tanto encubiertos
Del árbol en los rincones,
Descubrió varios lirones,
Por maravilla despiertos.

El papagayo vistoso,
Que de dar una leccion
Hallábase deseoso,
Aprovechó la ocasion.

Y de sí mismo no dueño,
Dedicó frases muy duras
Á todas las criaturas
Aficionadas al sueño.

Cansado al fin terminó,
Y por verlos convencidos
Á los lirones miró,
Mas los encontró dormidos.

El pájaro desairado
Sufrió su desgracia suma;
Y escondió desesperado
La cabeza entre la pluma.

Antonio Campos y Carreras.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—*La Adoracion de los Santos Reyes.*—En la Colegial, á las nueve y media, misa solemne en sermón que predicará D. Casiano Quilez, canónigo magistral.

En Santa Maria, á las nueve, tercia y misa solemne; por la tarde, á las tres y media, rosario, meditacion, sermón, novena del Niño Jesús y adoracion.

En la Misericordia, á las ocho y media, misa mayor con explicacion del Evangelio, que hará el Sr. Cura.

Martes.—En las Agustinas, á las siete y media, misa de renovacion, y por la tarde Trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, misa de renovacion, á las siete y por la tarde, á las tres y media, Trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, misa de renovacion.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar por medio de libranzas del giro mútuo las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin de Junio último.